

SUAREZ

Y LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA

Por JORGE MONTOYA TORO

Polifacética personalidad la de Don Marco Fidel Suárez. Cada uno de los aspectos de su vida y de su obra sería tema suficiente para una extensa e interesante disertación. Si otros han hablado del político sagaz, del hombre de estado probo, del investigador científico, del humanista integral, del castizo escritor, nosotros hemos escogido quizá el más sencillo y a la vez el más alto aspecto: el de su elevada espiritualidad, el de su templada estatura de católico íntegro, el de su ejemplar franciscanismo, predicado en palabra y en acción. Sírvanos pues, de breve introducción, el anterior considerando para adentrarnos, en pos de la doctrina del Seráfico Padre, a través de la obra del Señor Suárez, que refleja admirablemente la consigna de la salutación franciscana: "Paz y Bien".

Cristo y San Francisco de Asís movieron la pluma de Marco Fidel Suárez para estructurar dos de sus más logradas piezas oratorias. La doctrina de amor del Maestro Divino encontró eco glorioso en esa extraordinaria figura del Poverello que puebla con la luz de su santidad toda la compleja historia de la Edad Media y que unido de virtudes y dolores como el Rabí de Galilea, transforma la orientación social, literaria y artística de toda una época. Por algo se le llamó el Cristo del Medioevo, en paralela existencia desde el nacimiento en un establo hasta la maravillosa condecoración sangrante de las llagas del Nazareno. Porque Francisco retoma el evangelio amoroso y sobre sus cimientos de caridad, comprensión y paz, reedifica la Iglesia de Cristo, atento al llamado que el Crucifijo de San Damián le hace desde la penumbra románica del templo: "Francisco, reconstruye mi Iglesia". Y esta reconstrucción espiritual sirve de soporte a toda la filosofía de su Orden Religiosa y se hace firme doctrina teológica en sus místicos, al alzar como pilares de la Escuela Franciscana los principios inmovibles del Cristocentrismo y de la Afectividad, recordando seguramen-

te las sentencias agustinianas de que "Cristo como Dios es la Patria a la cual vamos; Cristo como hombre es el camino por el cual vamos", y "A Dios vamos, no caminando, sino amando".

Sabios principios estos que adquieren vigencia en esta época de contorsión espiritual, de desequilibrio armónico por la carencia de esa sencilla filosofía de la caridad que hermana, unifica y satura de divinales complacencias al corazón humano. La angustia palpitante en el hombre actual es en mucho la natural proyección de su soledad interior, de ese vacío que sólo puede ser llenado por la afectividad volcada hacia la posesión de Dios y por ende —corolario de esa penetración amorosa— hacia la comprensión de las criaturas, en simple cumplimiento del mandamiento eterno: "Amarás al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a tí mismo". La crisis contemporánea es una crisis de espiritualidad, al querer el hombre desintegrar el sencillo precepto evangélico deslizándolo su afectividad exclusivamente hacia las criaturas y olvidando a Dios que es —según San Agustín— "belleza siempre antigua y siempre nueva". El amor que no se nutre de la doctrina cristiana, lejos de salvar al hombre de su terrible soledad interior, lo precipita en el abismo de la desesperanza y acrecienta ese soledoso estado espiritual que proviene de la falta de la luz divina, al no hermanar su anhelo de afectos terrenales con la elevación del alma hasta Dios. Podemos repetir con Francisco de Asís que "El Amor no es amado" y que tal la causa de nuestro íntimo desasosiego, recordando también las palabras de Agustín de Hipona: "Nos hiciste, Oh Señor, para Tí, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansen en Tí".

En prosa de elevados quilates, heredera afortunada de la de los ascetas y místicos españoles, el Señor Suárez plasmó esta verdad. Leemos en la iniciación de su "Oración a Jesucristo": "La persona de Jesucristo, Dios y hombre, se presenta de tal modo a la inteligencia humana, que la satisface y sosiega. Desde que nuestra mente medita en la deidad, la percibe como grandeza soberana, esto es, como ser infinito, porque según la expresión de Fray Luis de Granada, nada hay grande si tiene límites. La divinidad de Cristo sacia así nuestros más hondos anhelos; y al mismo tiempo su naturaleza humana, a la cual se une el ser infinito, concreta esta idea agobiadora en un hombre más levantado en perfecciones que todas las criaturas, en un hombre que es nuestro hermano y nuestro amigo, a quien podemos hablar y de quien podemos esperar, no frívolos favores, sino beneficios de bien incomparable". Y sintetiza en frase admirable el pensamiento agustiniano: "Del mismo modo, la persona de Jesucristo armoniza con nuestro corazón y con sus aspiraciones y necesidades".

Dijimos ya, al comienzo de esta disertación, del paralelismo maravilloso y emocionante de la vida de Francisco de Asís con la existencia de Cristo, pues que el serafín de Umbría se propuso ser el perfecto imitador del Crucificado. Realizó así el anhelo del verdadero amante que aspira no sólo a asemejarse al objeto de sus predilecciones sino, más aún, a identificarse plenamente con él en amorosa e íntima fusión de ideales. Ya un viejo poeta árabe lo dijo:

Yo soy aquel a quien amo, y el que yo amo soy yo.
Somos dos almas viviendo en el mismo cuerpo.
Cuando tú me ves, tú le ves a El.
Y cuando tú le ves a El, nos ves a ambos.

pensamiento que por otra parte hallamos en el bello capítulo del amor, en la "Imitación de Cristo", y en la floración de la mística española, desde Raimundo Lulio en su "Libro del Amigo y del Amado" hasta Juan de la Cruz y Teresa de Avila, cuando el doctor extático habla de la "amada en el Amado transformada" y la mística doctora exclama en uno de sus poemas:

Yo toda me entregué y dí
y de tal suerte he trocado,
que mi amado es para mí
y yo soy para mi amado.

Bien, pues, que el Señor Suárez, franciscano de corazón y terciario, exaltara la apasionante personalidad del "Juglar de Dios" como el más perfecto imitador de Jesucristo. Son estas sus palabras: "La pobreza, la mortificación y la humildad de San Francisco de Asís, después de reformar la sociedad en los confines de los siglos doce y trece, presenta el más ilustre argumento de la imitación de Jesucristo efectuada por los santos, y forma la clave que nos pone ante los ojos la fecundidad del evangelio. La hazaña de San Francisco consistió en realizar, imitando a Jesús, el oráculo de San Pablo: "Si hay alguno que parezca prudente según el siglo, hágase loco a fin de ser verdadero prudente"; porque, en verdad, locura es la cruz del Redentor y locura su vida y su muerte, como lo dicen las sagradas letras. Locura fue fundar la riqueza en la pobreza, la felicidad en el sufrimiento, y la gloria en la humillación". Esta norma, seguida por los imitadores de Cristo, realiza la locura de la cruz y la realizó especialmente en la época de San Francisco, cuando la mayor parte de los hombres verificaba aquella otra palabra del Apóstol: "Llamándose y considerándose sabios, se hicieron necios".

En otro de los apartes de su bello "Discurso a San Francisco de Asís", el humanista de Bello recalca sobre el principio de la caridad, fuente de bondad y comprensión, predicado por el Poverello e incorporado como punto de partida de la espiritualidad franciscana. "En cuanto a caridad, —dice Suárez— el Seráfico ardía tanto en ella, que le sobró amor para hermanarse con todas las criaturas, con lo cual sublimó e infundió el espíritu de concordia que era lo que hacía más falta. En la floresta invitaba a las avecillas a festejar al Creador, llamándolas hermanas; a sus hermanas las golondrinas les rogaba que callasen mientras él predicaba; y extendía la misma hermandad a la ceniza y a las cigarras. Reprende a la hermana hormiga su desmedida solicitud por el mañana; aparta del camino al gusano para que no lo huellen; vende el hábito para rescatar una oveja del carnicero; en el invierno lleva miel a las hermanas abejas, y en nochebuena procura que reciban mejor pienso el asno y el buey. Tiernos excesos de cari-

dad que contrarrestaban, a la vista de los pueblos, los ejemplos de crueldad y de persecución”.

Y, en efecto, la escuela teológica franciscana, hace suya la sentencia de San Juan, de que “Dios es caridad” y fundamenta sobre ella toda la admirable arquitectura de su espiritualidad. Si ya San Francisco había predicado, no sólo de palabra, mas elocuentemente con el ejemplo este principio de la caridad, es en San Buenaventura, en Juan Duns Escoto y en los teólogos y místicos franciscanos en donde aparece estructurada y sistematizada la doctrina afectiva, con todos sus profundos alcances de universalidad y confraternidad humana. Ya San Buenaventura, refiriéndose al Seráfico Padre, ponía de presente su acendrada caridad, cuando nos dice: “Nadie es capaz de dar a conocer la ferviente caridad en que ardía Francisco, el amigo del Esposo. Todo él parecía estar ardiendo cual un carbón enrojecido en la llama del amor divino. De repente si oía “amor de Dios”, se extasiaba, sentíase afectado y se inflamaba como si el plectro de una voz interior hubiera tocado la cuerda interna de su corazón” (1).

Un comentarista señala también en el Doctor Seráfico la incandescente llama del amor que es característica de sus escritos y enseñanzas teológicas. “Su nota peculiar —dice— es su caridad ardiente; y la unión íntima con Dios es lo que más se revela en sus obras de teología y filosofía”. Y otro biógrafo subraya esta faceta afectiva del llamado “Príncipe de la Mística Teología” al decir que “de una manera especial trata él de aquellas materias que más encienden la devoción y amor de Dios, porque este era el fin de todas sus lucubraciones, a saber, mezclar en tratando de las ciencias profundas, una ardiente caridad”.

Pero es en Juan Duns Scoto en quien el principio afectivo se hace sistema, al enfrentar al concepto del primado de la inteligencia el más universal y humano de la primacía de la voluntad, señalando como camino más viable para llevar a Dios el afecto del corazón que el ejercicio abstruso del intelecto. La sentencia de San Juan, de que “Dios es amor” encuentra su aplicación y explicación intensivas en el pensamiento del Doctor Sutil y Mariano, cuando considera que “toda la vida espiritual desde la justificación hasta los esplendores místicos, está construída principalmente con el incremento progresivo de la caridad infusa y en el amor se consuma la unión eterna de los elegidos con Dios”.

Alguien ha dado a Duns Scoto el precioso apelativo de Doctor de la Caridad, acertada calificación si se considera que para él, la

1) — Dice, así mismo, San Buenaventura: “El edificio espiritual tiene su fundamento en la fe, su erección en la esperanza y su perfección consumada en la caridad, porque ésta es entre las virtudes la máximamente unitiva y de allí que su acción sea crear hombres deiformes”. Añade: “A la manera que el árbol extrae su fomento, vida y verdor del humor de la tierra, así toda la máquina espiritual los saca del amor. Ese amor es infundido en cuanto se recibe interiormente, pero se infunde porque al proceder del interior, dilata el efecto y mueve todas las fuerzas del alma a ejecutar buenas obras”.

caridad es la reina de las virtudes y que a estudiarla y exaltarla en todas sus formas dedicó parte muy considerable de su extensa e intensa obra teológica. “La caridad —afirma Scoto— como es una virtud excelentísima, perfecciona la voluntad hasta ponerla en el grado más sublime de perfección, cual es el amar”. Mas, de qué índole es la caridad franciscana, se preguntarán muchos? La caridad franciscana no es otra cosa que la vigencia, tantas veces olvidada, del precepto evangélico. Es, pues “una virtud sobrenatural por la que amamos a Dios por ser quien es, sobre todas las cosas y al prójimo por el amor que a Dios tenemos”. Con el mismo San Buenaventura podemos decir que este amor a Dios es doble: amor de amistad y amor de concupiscencia o deseo. Por el primero amamos la bondad o perfección absolutas de Dios, en cuanto es bien en sí, sin relación a las criaturas. El segundo mira a Dios en cuanto es bien nuestro que nos ama y se nos comunica. La caridad —según la misma doctrina bonaventuriana— lleva en sí no solo el amor de amistad sino también el amor de concupiscencia, esto es, ese por el cual deseamos amar y ver a Dios. Reafirma el Doctor Seráfico lo desinteresado del verdadero amor, cuando afirma que amar a Dios por sí mismo, es no sólo amarlo sin mira de retribución alguna, sino también desear unirse a El y poseerlo por ser fin último y bienaventuranza celestial, mas no por otro bien. Que en otras palabras es lo que expresa la Beata Angela de Foligno cuando dice: “Yo no trato de servir a Dios y amarlo por premio alguno; sólo me esfuerzo por obrar así por su incomprensible bondad”; idea expresada poéticamente en el famoso soneto de Fray Pedro de los Reyes, que termina:

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y, aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Volviendo al Señor Suárez, encontramos, ya no en su “Discurso a San Francisco de Asís” sino en la “Oración a Jesucristo” nuevos elogios de la caridad, como virtud primordial del hombre en su empeño por elevarse hacia Dios. “La caridad es el mandamiento nuevo, ratificado de un modo particular por Jesucristo —dice don Marco Fidel— en el momento en que, instituyendo la sagrada eucaristía, se dió por alimento a los hombres, en toda la realidad de su naturaleza divina y humana, en toda la plenitud de su persona infinita. En este misterio de los misterios, en este sacramento de los sacramentos, se ostenta de un modo pasmoso, aterrador, el abismo del amor divino...” Y agrega, en otro párrafo de la magistral oración: “El nuevo testamento de la caridad de Jesucristo, sellado con su pasión y garantido con su presencia real, diviniza en cierto modo las relaciones entre los hombres”.

La caridad para con Dios y para con el prójimo forman una sola entidad en la doctrina franciscana. La escuela escotista establece que “la caridad para con nosotros y para con el prójimo consiste en querer y desear que nosotros y el prójimo amemos a Dios por ser El

infinitamente perfecto en sí mismo. Anhelamos tal amor de Dios para el prójimo no por causa del mismo prójimo sino por Dios; esto es, porque reciba Dios la gloria debida a su perfección absoluta. De aquí se colige que el amor del prójimo no se termina en él, que es sólo amado como objeto intermedio y únicamente por medio de un acto reflejo, mediante el cual tiende la caridad a un objeto de acto directo, esto es, a un bien infinito en que descansa, que es Dios”.

Anotábamos al comienzo de esta disertación, que una de las características de la escuela franciscana es su cristocentrismo, es decir, que tiene a Cristo como centro de su afección y culto. Fue el mismo santo fundador de los Frailes Menores quien demostró en todos los actos de su vida una especial devoción y amor ferviente por Cristo humanado, al considerarlo como eficaz mediador entre Dios y el hombre. Por ello la exaltación de su nacimiento en el humilde establo, de su vida y predicación maravillosas y de su dolorosa pasión fueron desde comienzos de la Orden Franciscana objeto de un culto especialmente amoroso. Es Cristo quien nos hermana y une en abrazo fraternal. “Todos los hombres —según este pensamiento— forman una gran familia cuyo padre es Dios y cuyo primogénito es Jesucristo; así pues, todos los hombres son hijos del Altísimo, hermanos de Jesucristo y hermanos entre sí; y por tanto ya que somos hermanos, debemos ayudarnos mutuamente a llevarnos la carga, a ejemplo de Jesucristo, a fin de que en toda la familia humana se restablezca, se conserve y favorezca la unión de la caridad filial para con el Padre Celestial”.

Suárez comprende admirablemente la doctrina franciscana cuando en uno de los párrafos de su ponderada “Oración a Jesucristo”, concluye: “Iluminada así nuestra raza por el ejemplo y la doctrina de Cristo, exaltada así en presencia del pesebre y de la cruz, qué campos tan vastos se le abren en el orbe y en los siglos para buscar la perfección bajo los destellos de aquel luminar infinito! Cuán elevado modelo, cuán poderoso estímulo los que llevan al hombre en pos de su glorioso fin! Esta esfera que rueda en el espacio, húmeda de lágrimas y sangre, arropada con las cenizas de la muerte, según la expresión de Juan Pablo Richter, cómo se ilumina y refresca bajo las huellas de Cristo, que con su obra de libertador divino hace recordar aquellas palabras inspiradas: **Tenebrae transierunt et lumen verum jam lucet**: Pasó la noche, ya está alumbrando el verdadero sol!” Y reafirmando que de Cristo dimana toda nuestra caridad, expresa: “Ante todo, en presencia de Jesús, el paganismo con sus tinieblas y su crueldad, con sus perfidias y concupiscencias, es vencido por la ley de la hermandad cristiana. A poco vivir experimentamos que sin los influjos de Cristo es muy cierto que el hombre es lobo para el hombre, y muy verdadero aquello que dijo el Padre Rivadeneira, que el hombre vive entre enemigos. Ante este hecho, el individuo llevado de sus instintos, o se encoge de hombros, despreciando a los demás y repitiendo como el otro: “Mientras más conozco a los hombres más estimo a mi perro”, o adopta por partido la misantropía, menos fea que aquel desprecio indiferente, pero más amarga para el que la padece y más dañina para la sociedad. Pero por encima del escepticismo que desprecia y de la misantropía que odia y se querella, se levanta la ley de la caridad,

sobrenatural porque excede a la naturaleza, basada en la redención de Cristo, que ha establecido la fraternidad de los hombres, y corroborada por el reconocimiento de que las injusticias ajenas son imágenes reducidas de nuestras propias injusticias. Y por sobre este concepto de la caridad y la tolerancia, se escucha, confirmándolo, aquella conmovedora palabra de nuestro Salvador: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen".

Porque el mismo San Francisco, escuchando el precepto evangélico, recomendó a sus frailes el amor por sus enemigos. Y a través de los ascetas y místicos franciscanos y de los que no perteneciendo a la orden del Serafín de Asís sufrieron el benéfico influjo de aquellos, se preconiza esta tolerancia y comprensión de los defectos humanos, considerando por boca de Juan Luis Vives que contra el principio "**Homo homini lupus**" (El hombre es un lobo para el hombre) debe esgrimirse este otro, esencialmente cristiano: "**Homo homini homo**" (El hombre es un hombre para el hombre). Bello pensamiento que retoma savias generosas en estos dos sabios consejos del Padre García de Cisneros y San Vicente Ferrer, respectivamente: "Las cosas dudosas interprétalas a la mejor parte; y si alguno cayere, ten compasión de él, y dí: Si esta tentación a mí hubiera venido, por ventura, más profundamente hubiera caído". Y San Vicente Ferrer: "Lleva perpetuamente delante de los ojos tus defectos y pecados, agravándolos cuanto pudieres; mas los ajenos échalos a tus espaldas, y procura no verlos ni notarlos; y si necesariamente los hubieres de ver, los debes excusar, compadeciéndote de ellos y aligerando las faltas de tus hermanos cuanto pudieres". En presencia de tan nobles consignas, podemos hacer nuestra la afirmación de quien dijo que esta doctrina "es un misticismo humano que mantiene vivo el fuego de la caridad y del amor al hombre y que rebosa admiración y dulzura".

Y ya que hemos mencionado este término **misticismo**, por qué no entrar a considerar algunas de sus facetas luminosas en los más altos exponentes de la espiritualidad franciscana? Sírvanos de pretexto y de introducción unas palabras del Señor Suárez, consignadas en la tantas veces citada "Oración a Jesucristo". Dice: "La austeridad de los anacoretas, la pureza de los monasterios, el éxtasis de la contemplación que anticipa el cielo, de El (Jesucristo) provienen. Suyas son las inspiraciones de la ley divina expresadas por la pluma con que Luis de la Puente pintó con transparencia y sencillez insuperables los misterios de la pasión; o por el estilo con que San Juan de la Cruz escribió pensamientos de profundidad celestial; o por aquel que sirvió a Kempis para formar ese místico oráculo por cuyo medio la providencia habla a cada corazón la voz que él necesita".

Mas, qué se entiende por mística en el profundo lenguaje teológico cristiano? Mística es —según definición tradicional— "sabiduría de amor". Y el Papa Benedicto XIV, da esta bella definición de teología mística: "Es la sencilla intuición del entendimiento, con amor sabroso de las cosas divinas... la cual procede de Dios... que concurre a estos actos por medio de los dones del Espíritu Santo del entendimiento y sabiduría".

Para San Juan de la Cruz, el místico doctor carmelitano, “a la contemplación por la cual el entendimiento tiene más alta noticia de Dios, llaman teología mística... Por esta teología mística y amor secreto, se va el alma saliendo de todas las cosas y de sí misma, y subiendo a Dios...” Y, en otro aparte, dice: “La ciencia sabrosa que aquí se dice es la teología mística, que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales contemplación, la cual es sabrosa porque es ciencia de amor”.

Alguien, sintetiza así la definición de este estado espiritual: “Mística es conocimiento experimental de Dios escondido”.

La Teología Mística es la cúspide de las ciencias, ya que “tiene por objeto y por fin la unión infinitamente amorosa del hombre con Dios en esta vida”.

Es, pues, la **mística**, una relación secreta, misteriosa, cerrada, entre Dios y el alma, producto de una gracia especial, diferenciándose de la **ascética** en que ésta es sólo el ejercitarse en la virtud y la mortificación, pero sin que llegue a producirse el estado de unión afectiva que singulariza a la primera. La **ascética** procede del raciocinio; la **mística** de la intuición. La **ascética** es una virtud adquirida; la **mística** un don otorgado. La primera es el meditar; la segunda el contemplar. Hay, entre la ascética y la mística, una relación de imperfección a perfección que los tratadistas simbolizan en claras imágenes, diciendo que la meditación es como “agua del arroyo”, menos grata y pura que el “agua de la fuente” de la contemplación. En el lenguaje de otros místicos, se trata de la relación entre una difícil actividad y una fácil pasividad, correspondiendo la primera a la ascética y la segunda a la mística. Es, dice Bernardino de Laredo, la diferencia que existe entre el fatigoso remar y el suave navegar en barco de vela en que el viento es quien se encarga de hacer avanzar la nave. O, en plástica imagen de Santa Teresa, la ascética es como ponerse el hortelano a “sacarse el agua y echar muchas veces el caldero en el pozo”, frente a la mística, que estaría simbolizada por el “llover... que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro”.

Pero, es ya el momento de poner muy en claro que la mística española es esencialmente franciscana o afectiva, aun en religiosos pertenecientes a otras comunidades y, por ende, a otras escuelas teológicas diferentes de la escotista o voluntarista. Tal el caso de Fray Luis de Granada, dominico, y de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, carmelitas. En la obra de todos ellos, se marca notoriamente la huella franciscana. Frente al intelectualismo de otros, se alza el afectivismo agustiniano y franciscano, que establece que a Dios se debe llegar por vía de amor. Dice García de Cisneros, en definición doctrinal, que será común a toda la escuela española, que “aquesta sabiduría (mística) no nace en nosotros como las otras ciencias, por vía de entendimiento, mas por ejercicios de entrañables afectos”.

Y es que, en realidad, la mística española es ciencia de amor. Todo el idioma emocional de los escritores, tanto ascéticos como místicos, está saturado de sutiles esencias amatorias. La prosa y la poesía se revisten de galas esplendentes para servir de adecuado recinto a

este sentimiento que exalta y ennoblece al hombre. Los solos títulos de las obras culminantes de los más destacados tratadistas de espiritualidad dan ya la tónica de esta decidida orientación afectiva. "Del amor divino, natural y humano", se denomina una obra de Cristóbal de Acosta; Maximiliano Calvi, escribió un "Tratado de la hermosura del amor"; Carlos Montesa, elaboró una "Apología en alabanza del amor"; y los franciscanos Francisco de Osuna y Juan de los Angeles denominaron sus obras "Ley de Amor" y "Triunfos del amor de Dios", respectivamente. Veamos en qué forma conciben y definen ellos el amor. Partiendo de Raimundo Lulio, con quien se inicia propiamente hablando la tradición mística española, hallamos difundidos en su obra símbolos y alegorías que más tarde servirían a su discípulo Raimundo Sabunde para metodizar y estructurar una verdadera metafísica del amor. "El amor es el primero de todos los dones —dice—, los otros dones de Dios no son sino semillas de amor". Y añade: "Quien tiene ciencia de amor tiene ciencia de todo el bien del hombre, y quien ignora la naturaleza del amor ignora todo el bien del hombre", pensamiento este último que más tarde habrá de tomar y repetir el Padre Angeles en forma abreviada, al decir: "Quien tiene ciencia de amor la tiene de todo el bien y el mal del hombre". Es también de Sabunde este otro bello pensamiento, que nos recuerda el "Amada en el Amado transformada" de San Juan de la Cruz: "Tiene el amor fuerza de convertir; convierte el amante en lo que ama. El amante se hace una cosa con el amado, por virtud del amor".

El Padre Diego de Estella dice en sus "Meditaciones del amor de Dios", que "no tiene el hombre otra cosa propia sino amor"... "que el amor no se paga sino con otro amor" y que, en consecuencia, "no podemos pagar a Dios sino con amor". Y Fray Francisco de Osuna, sintetiza: "Referir y sacar debes de toda cosa el amor". Pero la fórmula ideológica la hallamos en el Padre Alonso de Madrid, también franciscano, en su "Arte para servir a Dios" cuando dice: "Notemos, declarando en sentencia con breves y usuales palabras, aquello que nuestro Redentor dice en la dicha segunda manera, esto es: Ven y sígueme, que quiere decir a cada uno y a todos que cumplamos cuanto está escrito para nuestra doctrina, haciéndolo no solamente con amor, pero con amor y por amor justamente, porque éstas son las pisadas que él nos amonesta seguir. Por tanto no basta cumplir algo de lo prescrito, pero todo no basta para bien servir, obras con amor, pero con amor y por amor". Y para poner punto final a esta enumeración de conceptos amorosos, traigamos aquí una frase de Santa Teresa, que entronca perfectamente con la tradición franciscana a la cual debe mucho la doctora de Avila, por haber sido gran lectora de Pedro de Alcántara, Francisco de Osuna y Bernardino de Laredo y haber seguido muy de cerca su doctrina. Dice la mística doctora, en frase concisa y plenamente definidora: "No está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho", con lo cual declara de una vez su íntima filiación y raigambre franciscanas.

Otras dos notas características de la espiritualidad franciscana son la pobreza y la humildad. En su amor ilimitado hacia Jesucristo, procuró siempre Francisco de Asís imitar las perfecciones de

su Divino Maestro. Amó la pobreza y la humildad, y ejercitólas en grado sumo, predicando con el ejemplo y la palabra a sus seguidores. Tales virtudes las hizo suyas el Seráfico Padre, porque —como dice un autor— “fue tanto el amor de Francisco a Jesucristo, que quiso reunir en sí y cultivar de modo perfectísimo las virtudes y vida del divino modelo, ya que el amor impele al amante a revestirse del carácter y costumbres del amado y a hacérsele conforme”. Amó, pues, Francisco a la pobreza y a su hermana íntima la humildad, sobre todo por amor a Cristo. Los sencillos episodios contenidos en las “Florecillas” son la máxima exaltación de estas dos virtudes, que proverbialmente han sido denominadas bajo el mote de “franciscanas” y que convienen en un todo con la predicación, con el ejemplo y con la doctrina del santo fundador de la Orden.

A dichas virtudes consagra frases laudatorias el Señor Suárez. Leemos en su “Oración a Jesucristo”: “La humildad de Cristo engrandece a sus imitadores, pues al propio tiempo que ellos se tienen en nada y menos que nada cuando se comparan con aquel modelo infinito, resultan grandes por su conformidad con la voluntad divina, es decir, por la obediencia a la ley de Cristo y por el cumplimiento del deber. Quién más humilde que Pablo, siervo de sus hermanos y obediente en las cadenas? Y sin embargo, aquel vaso de elección puesto por el cielo para evangelizar el paganismo, al someter éste a la gloria de Dios, conquista para sí inmortal corona. Quién más pequeño que Francisco, obligando al hermano a que le huelle la cerviz? Y no obstante, aquel pobre prodigioso granjea tanto mérito al moralizar y convertir generaciones depravadas, que todos le enaltecen como serafín humanado y bienhechor de nuestra especie”. “Finalmente, la pobreza de aquel que fue más pobre que las aves del cielo, aduca al hombre haciéndole ver las riquezas como ídolos indignos de sus desvelos; pero al mismo tiempo ese despojo voluntario enriquece al individuo, pues le da los medios de servir a la sociedad de sus hermanos”.

San Francisco de Asís fue un poeta en el sentido pleno del vocablo. Su sola vida, simple y tierna; su arder constante en el fuego del divino amor; su acercarse a las criaturas en abrazo generoso; el pulsar de las más íntimas vibraciones en los seres menores; todo ello no es más que la manifestación de su alma emotiva, poética, que casi no precisaba de las palabras para escribir con los hechos el más bello poema de amor, divino y humano a la vez. Un reflejo pálido de lo que fue su poesía viviente es el famoso “Cántico del Sol” en el que el Poverello alaba al Señor y a todas sus criaturas, al “hermano sol, el cual nos ilustra de día, y es bello y radiante con grande esplendor”; a “las hermanas luna y estrellas, que tienes arregladas en el cielo, brillantes, bellas y preciosas”; al “hermano viento”, “a la hermana agua, que es tan útil y humilde, tan preciosa y casta”, “al hermano fuego, que nos alumbraba de noche, siendo alegre y bello, vigoroso y fuerte”, a la “hermana tierra, que nos mantiene y alimenta con sus frutos”. Y en un bello epílogo, bendice Francisco al Creador “por los que perdonan por tu amor, y por los que soportan dolencias y tribulaciones” y, finalmente “por nuestra hermana la muerte corporal, de quien ningún hombre viviente puede librarse”.

Este bello aspecto de la personalidad del Serafín de Asís arranca a la pluma de Suárez atildado comentario encomiástico, que no nos resistimos a transcribir aquí textualmente: "Otra manifestación de su caridad —dice nuestro humanista, refiriéndose a San Francisco— era la poesía, sin recuerdos clásicos, en forma popular y llevada sobre los primeros vagidos de la lengua toscana, pero que después de setecientos años, es comentada por grandes hijos de Apolo, como Carducci y D'Annunzio, como Monti y Leopardi, porque ella saltaba de los afectos más santos que ha abrigado un corazón de puro hombre, y la acaloraba un fuego tan fino como las aspiraciones de Francisco, a quien pertenecen los siguientes versos:

Amor, amor, Jesús, yo busco el puerto,
amor, amor, Jesús, vén a mi lado,
amor, amor, Jesús, mírame muerto,
amor, amor, estoy enajenado.

Suyo es también el **Cántico** que hizo imitando un salmo de David, y en que pasa revista a las principales criaturas para invitarlas a alabar al Señor, empezando por el hermano sol, y señalando a cada una sus atributos por medio de toques tan sencillos como sublimes. El **Canto del Sol** es a un tiempo un himno religioso y uno de los monumentos de la literatura medioeval".

Pero no es sólo Francisco el poeta de su Orden, que muchos vendrán en pos de él, aspirarán el sutil perfume evanescente de sus "Floreциllas" y brotarán nuevas y maravillosas rosas de poesía, con idéntica frescura y aroma a las que nacieron al contacto de la tierna voz del seráfico estigmatizado. No hemos de reseñar aquí la extensa producción poética de indiscutible filiación franciscana, pues sería ello sólo tema para una luenga disertación. Séanos permitido tan solo citar, como magnífico continuador de esta lírica del amor, a Fray Jacopone da Toddi, el sublime cantor de los dolores de María, en esa insuperable elegía que se denomina el "Stabat Mater". Del inspirado fraile es un poema en el que se exalta a los sentidos como "puertas abiertas al amor y conocimiento de Dios". Clama así Da Toddi:

Oh amor, amor divino, — ¿Por qué de tí asediado
camino por el mundo — sin tregua ni descanso?
Son cinco los costados — por donde me avasallas:
oído, vista, gusto — y a más, olfato y tacto.
Si salgo por la vista, — no veo más que amor
pintado en toda forma — como en cualquier color.
Si salgo por la puerta — y aplico a oír mi oído,
de tí, oh Señor, me habla — el más leve sonido.
Salir fuera no puedo, — pues sólo escucho amor.

Y después de cantar a los demás sentidos, en palabras de alta poesía, concluye con este interrogante hermoso:

En viendo a un hombre enfermo, — desvalido o tentado,
con pena muy acerba — me siento en él trocado.
¿Ya sabes lo que amas, — desmesurado amor?

Nada más a propósito, para poner punto final a estas consideraciones franciscanas en torno a Don Marco Fidel Suárez, que este retornar al punto tantas veces tratado de la caridad, como norma de vida para el verdadero cristiano. San Francisco de Asís pedía en su Oración a Cristo Crucificado: "Señor, haz de mí un instrumento de tu paz. Que donde quiera que haya odio, siembre amor. Donde haya injuria, perdón. Donde haya duda, fe. Donde haya desesperación, esperanza. Donde haya oscuridad, luz. Donde haya tristeza, alegría. Oh Divino Maestro, concédeme que no busque ser consolado, sino consolador. Que no busque ser comprendido, sino comprender. Que no busque ser amado, sino amar. Porque dando, recibo. Perdonando es como tú me perdonas. Y muriendo en tí, nazco para la vida eterna".

El Señor Suárez, que comprendió a cabalidad las enseñanzas franciscanas y el entrañable afecto humano que respiraban todas las acciones y palabras del Poverello, urde las más exaltadas frases para denominar a Francisco "Númen del cielo! Trasunto de Cristo! Inspiración de Dios". Y dirigiéndose a sus hermanos, los terciarios, les pide "trabajar por la concordia" "mediante la caridad que ahoga divisiones y bandos, que extingue odios, que promueve reconciliaciones y que cultiva la armonía social". Como un arco iris generoso y promisorio, guéenos y consuélenos en estos tiempos de incertidumbre y de discordias, la invocación franciscana con que Don Marco remata emocionadamente su magnífica "Oración a Jesucristo":

"Oh Dios de amor y de poder! Da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre sus llagas los errores pasados; de las llagas de tus manos derrama óleo divino sobre las heridas de este pueblo; y en la llaga de tu corazón guarece las generaciones inocentes. No permitas que ningún colombiano sea siervo intelectual de enemigos extranjeros tuyos... Danos pues la paz, la paz, que es don tuyo y prenda de civilización terrenal y de eternal ventura".

BIBLIOGRAFIA

Marco Fidel Suárez:

Escritos Escogidos.

Fray Juan B. Gomis:

Místicos franciscanos españoles.

A. Valbuena Prat:

Historia de la literatura española.

Fr. Agustín Gemelli:

El Franciscanismo.

Helmut Hatzfeld:

El estilo nacional en los símiles de los místicos españoles y franceses.

A. Serrano Plaja:

Antología de los místicos españoles.

San Juan de la Cruz:

Obras completas.

Santa Teresa:

Obras completas.

Fray Carradini:

Fuentes de la espiritualidad franciscana, diversos autores, notas tomadas por Fray Carradini.

Juan Domingo Berrueta:

Filosofía Mística Española.

San Buenaventura:

Teología Mística.